

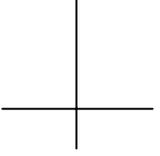
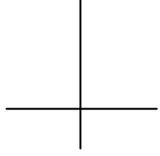
El historiador y el compromiso social

Jorge Castañeda Zavala¹

Los intelectuales contemporáneos, y en especial los que nos dedicamos a las ciencias sociales, somos receptores e intérpretes de lo acontecido en el mundo. Tal situación tiene algunos elementos que determinan la perspectiva que cada uno de nosotros imprimimos a nuestras reflexiones, análisis y posiciones políticas. Entre esos elementos se encuentra la propia configuración social en la que vivimos y desarrollamos nuestro trabajo. Durante casi todo el siglo XX, la voz de los intelectuales que asumieron posiciones a favor de las causas obreras, campesinas y, en general, en pro del progreso social, sonó de manera aplastante en comparación con aquellos que defendían el mantenimiento de la explotación capitalista y la opresión de los pueblos. En la actualidad, se percibe que la situación se ha volteado de cabeza. En pocas décadas, los movimientos sociales que antes eran claramente protagonistas y diseñadores del devenir social, parecen haber perdido la fuerza que los alentaba, parece que su destino se encierra en ser obedientes trabajadores, y fieles a las ideas y maneras de las élites económicas y políticas. Así, muchos intelectuales creen que la dinámica social que creó las experiencias socialistas y el Estado de Bienestar en los países capitalistas, solamente fue un fenómeno transitorio y tal vez irrepetible. Sin embargo, en la historia inmediata de fines de la vigésima centuria e inicios del siglo XXI, las revueltas sociales, la organización de grandes encuentros que cuestionan el *status quo* del orden mundial y que están en busca de *otro mundo posible*, constatan que en el ambiente subterráneo de la vida social, reproducen y renuevan movimientos sociales añejos y novedosos.

En conjunto, las tradicionales y nuevas manifestaciones sociales se han transformado al incorporar más características y variables, como es la apropiación y uso de nuevas tecnologías, medios de comunicación, acervos culturales y de conocimientos sobre sus propias experiencias a lo largo de décadas y hasta siglos. Ello ha permitido conocer que los movimientos obreros, de los trabajadores de los servicios, de los desempleados, de los campesinos pobres e indígenas, de los universitarios, de los artistas, el de los

¹ Profesor-investigador del Instituto Mora.

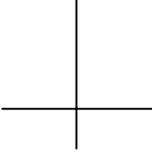
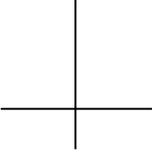


ecologistas, etcétera, tienen más herramientas materiales e ideológicas para emprender aquella lucha por una mejor vida y un futuro diferente al proclamado desde la visión de la eternidad capitalista.

En el apartado XVI de nuestro *Manifiesto de Historia a Debate* se asienta que “queremos constatar y alentar la ‘vuelta al compromiso’ de numerosos académicos, también historiadores, diversos lugares del mundo con las causas sociales y políticas”; tal expresión tiene, asimismo el gran peso histórico arriba citado. Ello se refleja a lo largo de todo el *Manifiesto*, ya que se abordan diversos aspectos que describen algunas de las tendencias en las que ha estado inmersa la labor de los historiadores durante las últimas cuatro décadas. En muchas de ellas la vinculación académica con la dinámica social era una constante, ya sea desde la propia tarea de investigación, la docencia o hasta en la vida cotidiana como ciudadanos. Sin embargo, al paso de los años, al cambio de la historia, una brecha en continua expansión se insertó en amplios segmentos de la comunidad intelectual, entre la vida académica y la sociedad en los diferentes países. Esta situación, que ha sido discutida en los debates previos y post aparición del *Manifiesto*, presenta ciertos cambios sustantivos en los años recientes, entre los que destaca la propia discusión y la existencia de esta red internacional de historiadores. Pese a no ser tan generalizados estos cambios, el camino avanzado por *Historia a Debate*, y seguramente en otros colectivos intelectuales o en forma aislada por diversos colegas, es, además de significativo, un ejemplo a seguir dentro de ámbitos de unidad en la diversidad de los esfuerzos profesionales inscritos en la “vuelta al compromiso”.

Algunos de los debates recientes han resaltado, en especial en voz de Carlos Barros, que alrededor de la tarea cotidiana del historiador, la vinculación social se alcanza cuando los compromisos profesionales se enlazan con la sociedad política y la sociedad civil. Las vías y matices prácticos para ello son diversos, pero creo que, uno entre muchos de los puntos de partida, es la propia definición de objeto de estudio y, reconocer, para así expresarlo, que los movimientos sociales son sujetos creativos de la historia de la humanidad. Esta temática es la que abordaré brevemente en este trabajo. No obstante, cabe reafirmar que para los intelectuales, y, en particular, para los historiadores, lo aquí dicho sólo es una de las múltiples rutas a seguir para un compromiso social. Tal propósito lo trataré de explicar al comentar algunas obras que muestran cómo ha sido el devenir del historiador al desarrollar sus tareas y, con ellas, asumir variadas formas del compromiso expresado en el *Manifiesto*.

En México los estudios sobre los movimientos sociales se consolidaron como una tendencia hacia los años sesenta y setenta del siglo XX. En esas

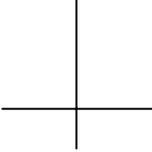
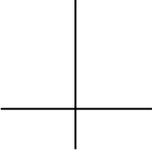


reflexiones y análisis, aconteció una complementariedad interdisciplinaria muy interesante. Recordemos someramente los trabajos coordinados por Pablo González Casanova en *El sindicalismo en América Latina* y *La clase obrera en la historia de México*, y además las obras coordinadas por Javier Aguilar, *Los sindicatos nacionales en el México contemporáneo*. Las dos primeras obras fueron grandes estudios de análisis del movimiento obrero, temática que estuvo enlazada al puntual auge de variadas corrientes marxistas o socialdemócratas, que tenían como punto de convergencia la crítica y desarrollo teórico con sustento en la vorágine social de la segunda post guerra mundial. La participación social general o partidaria fue la marca distintiva de la mayoría de los distintos autores participantes en esas obras dirigidas por González Casanova. La sola figura de aquel primer coordinador es, hasta nuestros días, un referente de compromiso social por estudiar y encontrar las vías que permitan la creación del socialismo.

En el tercer caso, aunque muy parecido a lo sucedido en las dos primeras obras (análisis conjuntos o en trabajos separados, tanto de historiadores como sociólogos, economistas o líderes sindicales), puede distinguirse dos elementos adicionales: muchos de los autores participaron, de diferentes formas, en los sindicatos ahí cuestionados y, por lo tanto, como segundo rasgo, las propias investigaciones parecían ser historias inmediatas. La documentación, las entrevistas o referencia a imágenes u otra fuente de información eran relativamente fáciles de obtener dada la cercanía física y temporal.

Una posible explicación de lo sucedido en los tres ejemplos puede ser que, en esos años, el interés por explicar la creciente dinámica sindical confirmaba la fuerza de estas luchas para delinear el transcurrir político. A su vez, de esa manera, la utilidad de la investigación académica encontraba y multiplicaba lazos, ya sea en la sociedad civil y política, al coadyuvar en la configuración o consolidar organizaciones sociales y partidos políticos. Distintos proyectos nacían o se transformaron teniendo como parte importante de su justificación no pocos de los trabajos profesionales antes citados. Abrevaron en ese manantial, desde partidos políticos como el Mexicano de los Trabajadores (PMT), hasta las organizaciones vecinales y campesinas que se negaron a una participación partidista y electoral de las décadas de los setenta y en los primeros años de la década de los ochenta.

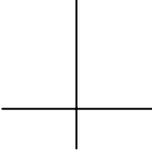
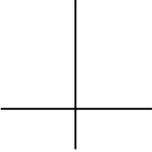
Comparemos dos casos más, pero con mayores diferencias, y después confrontemos algunas de las tendencias apenas delineadas aquí. Hacia inicios de la década de los sesenta, el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana se distinguió por su relevante importancia en la economía



y por ser uno de los que mayores luchas habían emprendido y de las más recordadas en la historia del movimiento obrero nacional. Además, era lugar común, a lo largo de varias décadas, de la actuación de corrientes comunistas y socialistas. Estas características conformaron una cultura obrera y política particular que se reflejó en el libro *Los ferrocarrileros*, escrito por Mario Gill, un militante comunista. Aquel texto analiza los orígenes del sindicato ferrocarrilero hasta las huelgas de fines de los años cincuenta. Esta obra no fue producto del trabajo académico común, más bien, fue la vía directa, una forma de verter la militancia política en una labor intelectual, fusión de la disciplina histórica con uno de los tipos de compromiso social.

En contraste, dos trabajos elaborados en la última década, *Los Hijos del Trabajo. Los artesanos de la ciudad de México, 1780-1853*, y *Hacia la República del Trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, de Sonia Pérez Toledo y de Carlos Illades, sí son producto de la academia. Son trabajos con rigor académico y hacen aportes importantes a esa temática. A diferencia de los textos comentados en las páginas previas, la distancia con el objeto de estudio se acrecienta, y aunque se inscriben en las propuestas metodológicas de la escuela historiográfica social inglesa de Hobsbawm y Thompson, Pérez Toledo e Illades no son militantes comunistas como sí acontecía con los escritores británicos cuando crean la mencionada corriente académica. Los aportes de esas obras se concentran en una mejor comprensión de las características numéricas, condiciones de vida y formas de organización de la naciente clase obrera mexicana durante buena parte del siglo XVIII y XIX. Este conocimiento es en sí mismo aquel acervo del que ahora puede valerse el movimiento obrero en su propio devenir social. Si la vinculación con fuerzas políticas o sociales tuvo poca influencia o no fue la vía por la que se pudieran haber inspirado para estos productos, ese acervo de conocimientos es uno de los elementos de aquel compromiso social.

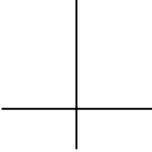
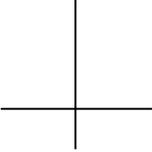
A partir de lo expuesto, hagamos algunas precisiones. La mayoría de las investigaciones comentadas se realizaron alrededor de instituciones universitarias, es decir, existió una notoria financiación gubernamental. Es decir, los autores recibieron recursos monetarios públicos para la concreción de sus trabajos al ser parte de la plantilla de profesores de educación superior. Es posible que la excepción fuese Mario Gill, quien se desempeñó en múltiples actividades, pero casi siempre en intersección con su participación política.



A primera vista todos asumieron “como tales sus propios y legítimos compromisos a la hora de investigar y divulgar la historia”.² El compromiso intelectual es notorio pero diferenciado, tanto por sus condiciones de trabajo y perspectiva académica, como por el momento de auge o reflujo de los movimientos sociales en que las realizaron. Por tanto, la diversidad de enfoques y de momentos en la concreción de los trabajos definió, como historiador, el grado de participación y vinculación social en la sociedad. En el caso de Mario Gill su trayectoria política delimitaba intrínsecamente su propio compromiso social. Durante varios años fue redactor de los periódicos del Partido Comunista Mexicano, *El Machete* y *La Voz de México*. La utilidad que tuviesen sus obras se inscribía en la consolidación de los proyectos de naciones socialistas desde el periodo de los años treinta hasta la segunda postguerra mundial. Allí, no existirían grandes dudas en cuanto a la necesidad de análisis y uso de los resultados alcanzados en la investigación, ya sea para las tareas partidarias o para la evaluación y redefinición de la vida sindical y de organización campesina. El historiador Gill no encontraría obstáculos insalvables entre la convulsionada trayectoria de su partido y su desempeño como intelectual al servicio de esa misma causa. Eso es lo que refleja la propia forma en que polemiza con distintos actores del sindicato ferrocarrilero, muchos de ellos igualmente militantes comunistas. Lo anterior denota la tendencia de una estrecha interdependencia entre su quehacer profesional histórico y sus “anhelos de futuro” expresados en su quehacer cotidiano partidario.

En cambio, en las investigaciones coordinadas por González Casanova la ubicación personal se modifica. En primer término, para la propia investigación sobresale la pertenencia a una institución universitaria, lo cual no invalida la militancia partidista, pero implica un matiz en el compromiso para la utilidad de la historia. Lo anterior puede explicarse así: el interés en el objeto de estudio, el movimiento obrero, estuvo influido por una visión que con esfuerzos trasciende la vida académica, la cual variaría como reflejo de lo acontecido en las mismas sociedades política y civil. Esta situación fue evidente al aproximarse el fin de siglo. Allí, casi en forma abrupta, disminuyeron las investigaciones sobre dicho tema. Si el socialismo enarbolaba a la clase obrera como el sujeto histórico primordial, al “desaparecer” este sistema social en la mayoría de los países donde se implantó, también “desaparecía” la justificación que le daba sustento a esas

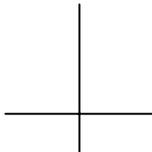
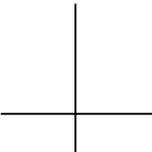
² Carlos Barros, “Defensa e ilustración del Manifiesto historiográfico de Historia a Debate”, marzo 2003, www.h-debate.com.



reflexiones y análisis. ¿Acto de magia? No, al parecer otros sujetos históricos como los ambientalistas, los defensores de los derechos humanos o el simple ciudadano irrumpirían como entes dispuestos a ser puestos al escrutinio del microscopio histórico. Un renovado recuento historiográfico parecía arrancar. Por tanto, el grado de compromiso, tendría que cambiar en el mejor de los casos, pero en otros, algo se trastocó totalmente, se llegó a la indiferencia o a un amplio rechazo.

Veamos ahora cierto cambio en el grado de compromiso. La revisión sobre los grandes sindicatos efectuada por el equipo liderado por Javier Aguilar fue un paso hacia otros estudios sobre movimientos sociales como los surgidos por las demandas de regularización territorial y servicios de urbanización, adquisición de viviendas, servicios médicos y de alimentación, situación y participación social de la mujer, etcétera. Algunos de los autores han seguido esas vertientes de investigación similares. A pesar de que el ámbito académico se consolidó como el trabajo fundamental y cotidiano de la mayoría de los participantes en esos trabajos, la derrota infringida a los sindicatos a lo largo de los años ha derivado en un traspaso, al igual que en el comentario anterior, hacia otros temas y compromisos. En este caso, donde el compromiso de participación mucho más directa en las instituciones sindicales parecía ser un espacio sólido para la permanencia de la vinculación social, ello se desvaneció aceleradamente hasta el punto de que el seguimiento de la historia sindical se realiza, casi de manera exclusiva, por la labor periodística en pocos medios de comunicación impresos. Fenómeno que también afectó a estos últimos, ya que se ha visto reducido fuertemente tanto el número de notas, como de reportajes o secciones especiales. El periódico *La Jornada* es un buen botón de muestra; en sus desaparecidos suplementos alrededor de temas laborales, participaban diferentes intelectuales, principalmente académicos y, en particular, algunos historiadores. Aparte de la información coyuntural del “mercado laboral”, esta publicación, como otras muy pocas en el país, se han circunscrito a reproducir impresos de sindicatos como el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), el Sindicato de Telefonistas de la República Mexicana (STRM), o a instituciones del tipo de la Universidad Obrera Vicente Lombardo Toledano.

Sobre las obras de Pérez Toledo e Illades podemos vislumbrar un impulso por recobrar hacia la academia este tipo de temáticas. Si el compromiso no es tan notorio como se le identificó en las obras anteriores, en *Los Hijos del Trabajo...* y en *Hacia la República del Trabajo...* encontramos una revaloración crítica de lo que se denominó historia del movimiento obrero



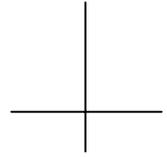
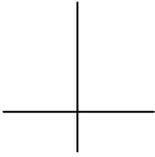
aunque se tratara temporalmente de fines del siglo XVIII y parte del XIX. Ésta revaloración se dio gracias al uso profundo de metodologías y escuelas de pensamiento como la de la historiografía marxista inglesa arriba mencionada, no obstante cada vez menos usadas en el medio nacional. De suyo, esto es alentador para “airear” la historiografía. Además, la transmisión de dicha experiencia mediante la cotidianidad de la labor docente, y la perspectiva de la formación de nuevas generaciones de historiadores que puedan superar las enseñanzas de sus maestros, tendrá que registrarse como parte del compromiso aquí expuesto.

Conclusiones

De acuerdo con Carlos Barros, puede decirse que en casi todos los trabajos aquí revisados, se percibía un esfuerzo por “incluir el presente y futuro como materia de trabajo”, toda vez que la esperanza en la construcción de una sociedad más justa, igualitaria y democrática fue un conexasión entre el pasado, el presente y el futuro. La historia mundial y nacional se transformó aceleradamente y con ella el compromiso de gran parte de los historiadores y la formación de las nuevas generaciones de profesionales de esta disciplina. Ahora es ocasional encontrar investigaciones similares a las aquí comentadas. Claro que los temas y los mismos objetos de estudio han evolucionado, en cambio no se nota algo parecido en la dedicación al estudio sobre el movimiento obrero.

El compromiso social con las causas sociales y políticas y con la docencia, deviene en la solidaridad intelectual y académica que requiere la formación de un nuevo paradigma historiográfico. Bajo la postura de la comunidad del *Manifiesto de Historia a Debate*, la definición de temáticas de estudio, aplicaciones metodológicas y posturas docentes entre una gran variedad de problemáticas, son una actitud política en el propio medio académico y social, de ahí que la unión de grupo intelectual y la solidaridad sean elementos sustanciales a la misma existencia como trabajadores con oficio y perspectivas propias. Es decir, la pluralidad ideológica postulada por los que lo suscriben, requiere de una actitud consecuente para enfrentar los embates económicos, políticos, mediáticos y editoriales que imperan en la sociedad.

Buena parte del quehacer historiográfico mexicano de las últimas décadas ha transitado por una gama de temáticas de estudio, que implican la aplicación de metodologías y planteamientos teóricos con diferentes ubicaciones intelectuales. Aquí intenté un acercamiento a algunas de las vías



de cómo se pudiera asumir el compromiso con las causas sociales y políticas. Espero que ello contribuya a la discusión de esta vía y otras más por las que ligamos el trabajo del historiador a la sociedad del siglo XXI.

